

PROGRAMA "CAPITOLIO"

"METRO PICTURES"

Compuesto solamente de grandes exclusivas

Los Cuatro Jinetes del Apocalipsis

Libro de Blasco Ibanez - Dirección de Rex Ingram
por Rodolfo Valentino y Alice Terry

Cleo la Francesita

por Mae Murray

La Dama de las Camelias (versión moderna)

por Nazimova y Valentino

No me olvides

por Bessie Love y Gareth Hughes

Mujeres frívolas

por Bárbara-La-Marr, Ramón Navarro y Lewis Stone

La Rosa de Nueva-York

por Mae Murray

¡Estaba escrito!

por Otis Skinner y Elinor Fair

La famosa señora Fair

por Myrtle Stedman, Marguerite de la Motte
Cullen Landis y Huntly Gordon

Eugenia Grandet

por Alice Terry y Rodolfo Valentino

La Fuga de la Novia

por Viola Dana

El Pescador de Perlas

por Alice Terry y Ramón Navarro

Retenga esos nombres y acuda
donde se exhiban si quiere admirar
lo mejor en cinematografía.



E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 67

25 cts.



**LA
FAMOSA
SEÑORA DE FAIR**

**por
Marguerite
de la Motte**

Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO III

N.º 67

“La famosa señora de Fair”

Novela sentimental de la post-guerra
por MYRTLE STEDMAN (Señora de Fair)
y MARGUERITE DE LA MOTTE (Sylvia)



Concesionario:
S. HUGUET :: Provenza, 292 :: Barcelona

Argumento de la película de dicho título

*“¡Qué poderes invisibles gobiernan
á los hombres! ¡Cuán fútiles son á
veces las causas que influyen en sus
destinos! —(VOLTÁIKE).*

En corroboración de este pensamiento del
glorioso poeta francés, basta recordar un
hecho.

En la mañana del día 28 de Julio de 1914

fué asesinado en Sarajevo el Príncipe Fernando, de Austria.

El estampido del disparo que puso fin á la vida del heredero de un trono, resonó en todos los ámbitos del planeta amenazando la paz de innumerables hogares hasta entonces alegres y tranquilos.

En una de estas mansiones plácidas y tranquilas, es donde comienza esta narración, cuando la conflagración bélica europea se extiende, como lava hirviendo, por toda la redondez del globo.

Nos hallamos en Long ^{**}Island, en casa del financiero Jacinto Fair, quien comparte las delicias de un buen vivir con su esposa Natalia, y con sus dos hijos Alberto y Silvia, de veinte y quince años respectivamente.

Ni la más ligera nube parece empañar la felicidad de esta familia, en torno de la cual las horas y los días se deslizan mansamente, endulzados por las mieles de las más puras y santas afecciones...

Pero la guerra, la maldita guerra, que continúa en Europa cada vez más sañuda é implacable, pide sin cesar hombres y más hombres; víctimas y más víctimas.

Los Estados Unidos se deciden al fin á echar en la balanza de la contienda el peso decisivo de su potencialidad y allá va, á través de los mares, lo más florido de su juventud.

Alberto Fair, mejor dicho, la familia Fair, no puede escatimar á la Patria su concurso, y su hijo es uno de los primeros que se alistan.

Jacinto, el padre, incapacitado, por razón de su edad, para vestir el honroso uniforme mili-

tar, brinda al Gobierno, generosamente, sus conocimientos financieros, que es toda la aportación personal que está al alcance de sus posibilidades.

Hace ya meses que Alberto lucha en Francia. Natalia, la madre, por la que el joven Fair demostró siempre verdadera idolatría, recibe



Pero la guerra, la maldita guerra...

en todos los correos carta del ser querido en la que, al mismo tiempo que da noticias de su salud y refleja sus entusiasmos, relata las penalidades de la vida de campaña y describe el cuadro de horror que el país devastado ofrece á sus ojos.

Pero en una de esas cartas trata de algo que hace vibrar las fibras más recónditas del corazón de su madre: habla de los pobres niños

huérfanos que la tragedia va dejando á su paso.

“Ayer cruzamos por Ipres—decía la carta de Alberto—. Me alegré que no estuvieras aquí, mamá, porque te hubiera afligido mucho ver á tantos cientos de niños huérfanos con sólo dos enfermeras de la Cruz Roja para su cuidado y para atender á su manutención”.

Natalia Fair, cuyo amor maternal se sentía acuciado constantemente por el ansia de volar al lado de su hijo, no puede ahogar por más tiempo ese mal contenido afán. La lectura de esta carta colma la medida de su nerviosidad, de su impaciencia y, como si la idea, acariciada en secreto, de partir para Europa, no ya sólo para estar más cerca de su hijo Alberto, sino para darse la íntima satisfacción de contribuir por sí, con sus propias manos, á restañar las heridas de la Patria, como si esa idea, repetimos, viviese constantemente á flor de labio, pugnando siempre por brotar hecha verbo, exclama:

—¡Yo me voy á Europa, Jacinto!

—¡Pero eso no es posible, Natalia! ¿Qué va á ser de esta casa y de Silvia y de mí?—arguye el sorprendido esposo.

—Tú y Silvia podéis pasaros perfectamente sin mis cuidados mientras que aquellos infelices niños me necesitan—reponde la excelsa mujer.

La decisión materna, irrevocable, produce á Silvia, una «pobre niña» también, desconocedora, hasta el presente, de todo dolor, la primera contrariedad de su vida.

—Yo quiero ir contigo, mamá—dice la infeliz entre lágrimas.

Pero la señora de Fair, enérgicamente ataja aquel llanto diciendo:

—¡Nada de lloros! ¡Tenemos que ser fuertes! ¡Hay que sonreír!

Y pocos días después, alistada en la Cruz Roja como una enfermera más, parte para Europa.

*
*
*

Por espacio de un año interminable y de constante angustia realizó Natalia Fair, en Francia, una labor abnegada y heroica.

En el Castillo de Marnay, donde habían sido instalados, para su mayor seguridad, los pobres niños huérfanos del Asilo del Sagrado Corazón, se la veía día y noche prestando los cuidados más solícitos, cuidados realmente maternales, á aquellas infelices criaturas.

Mas la metralla enemiga llega también al Castillo sembrando la muerte y la desolación á su paso.

Natalia, indiferente á todo cuidado que no sea el de los pequeñuelos confiados á su caritativo amor, no se da cuenta del peligro hasta que llega á sacarla de su humanitario éxtasis un soldado de la ambulancia.

—¡El enemigo está bombardeando el Castillo!—la dice—. ¡La artillería barre los caminos; lo barre todo! ¡Sólo un milagro podrá salvarnos!

Y el milagro, afortunadamente, se realiza, pues Natalia logra ponerse á salvo y salvar igualmente á aquellas inocentes víctimas que no tienen más madre que ella.

*
*
*

Algunos meses más tarde de esto, el primer rayo de luz, precursor de la paz, rasga las negruras del humo de la pólvora y se firma el armisticio.

Natalia Fair, colmada de honores, ostentando el grado de Coronel, ganado por méritos

de campaña y luciendo sobre su pecho la honrosa Cruz de Guerra, se dispone á volver al lado de los suyos, y Long Island, en masa, con todo el elemento oficial al frente, se dispone, á su vez, á tributarla un recibimiento en armonía con los prestigios de que ha logrado aureolar su nombre quien ya es conocida sólo, principalmente en Francia y en toda América, por "*la famosa señora de Fair*".

Y llega el día del arribo, algunos después de haberlo hecho su hijo Alberto con la primera expedición de tropas repatriadas, y Long Island viste sus mejores galas dispuesto todo para tan magna solemnidad.

Ni á Jacinto Fair ni á Silvia, su hija, se les ha tenido en cuenta en los preparativos oficiales, pero ellos no pueden faltar en la estación, no por lo que significa y representa el viajero ilustre á quien se aguarda, sino por lo que para ambos es, esposa cariñosa y madre amantísima, de quien el destino los ha tenido alejados durante tanto tiempo.

—Ponte el sombrero, pequeña—dice Jacinto á su hija.—Tenemos el tiempo justo para estar á la llegada del tren.

—Yo no quiero ir, papá, con tanta gente—responde Silvia.—Yo quiero esperar á mamá aquí, solita, en casa...

Y á decir verdad, razón tuvo Silvia al no querer bajar á la estación. Su pobre padre hubo de conformarse con figurar entre la masa anónima de los manifestantes, sin que le fuera dable estrechar la mano de su mujer ni cruzar con ella siquiera una mirada, que á tales extremos llegaron el desbordamiento del entusiasmo y el formulismo protocolario.

Cuantos honores pueda imaginar la fantasía más exaltada, le son tributados á la "*famosa*

señora de Fair", desde el inevitable, tratándose de una señora, de ofrecerla un ramo de flores con la cinta de los colores nacionales, hasta los ampulosos discursos de bienvenida, sazonado todo ello con los ecos alegres y patrióticos de las músicas y la presencia de un destacamento de las tropas repatriadas, formando entre ellas el propio Alberto Fair, á quien le es permitido, al pasar su madre frente á él, romper la fila para estrechar contra su corazón á aquella mujer, por tantos conceptos idolatrada.

Y así, entre aclamaciones delirantes y vítores frenéticos, llega la comitiva á casa de la familia Fair. La multitud enloquecida por el entusiasmo y ávida de rendir pleitesía á la heroica mujer, la hace asomarse una y otra vez...

El homenaje parece no tener fin, como tampoco el desfile de cuantos desean estrechar su mano y felicitarla personal y directamente.

—¡Señores, ya está bien!—tiene que decir, al cabo, la "*famosa señora de Fair*".—¡Gracias á todos!... Y ahora os ruego que perdonéis mi ansiedad, pero deseo estar á solas con los míos...

El legítimo afán de Natalia es atendido, pero la tranquilidad dura sólo unos momentos, los precisos, no obstante, para que Silvia, colgándose de su cuello y ofreciéndola un beso, pueda decirle:

—Este beso lo he tenido guardado para tí desde que te fuiste, mamá.

Natalia calma también, aunque brevemente, la impaciencia de su hija por conocer detalles, principalmente, del acto de imponerle la Cruz de Guerra.

—Oye, mamá—la dice Silvia—. ¿Te besó en

las mejillas el general francés cuando te impuso la condecoración?

—Ya te contestaré en otra ocasión cuando no esté tu padre delante —responde Natalia, sonriendo amorosamente.

Esta respuesta de la madre no basta á la hija para hacerla cambiar el tema de la conversación.



—Este beso lo he tenido guardado para tí desde que te fuiste, mamá...

—Hubiera sido un tonto de capirote si no te hubiera besado —arguye Silvia inocentemente.

Ya decimos antes que esta intimidad tan anhelada dura poco.

Las primeras en perturbarla son las oficiales que á las órdenes de Natalia Fair compartieron con ella glorias y fatigas. Una de aquellas habló en nombre de todas las compañeras:

—Coronela—la dijo—, dignáos aceptar este ramo de flores, pobre testimonio de nuestro afecto y subordinación.

A esta visita sigue la de Angélica Brices, una viuda que vive en la finca contigua y que durante la ausencia de Natalia se ha interesado mucho por Silvia... al parecer.

—Vengo á tener el gusto de saludar á *“la famosa señora de Fair”* —dice la viuda.

—¡Ah; usted es Angélica, de quien me hablaba Silvia en todas sus cartas! —responde Natalia.

—Sí, yo soy... Perdone usted mi turbación, pero me «cohibo» mucho en presencia de personalidades como usted... ¡Pero veo que se disponen ustedes á tomar el té!... ¡No!... ¡Agradezco mucho su invitación!... ¡Hoy no!... ¡Comprendo que deseará usted estar en familia después de una ausencia tan larga.

Y Angélica Brices se despide con un gracioso mohín al propio tiempo que dice á Jacinto:

—¡Hasta la vista, vecino!

Ni la frase ni la intención pasan desapercibidas para Natalia...

—Por lo visto, te has sentido tenorio durante mi ausencia, tunantón —le dice á su esposo.

Un abrazo y un beso son la respuesta adecuada y elocuente á esta pregunta y borran la tenue arruga formada en el entrecejo de Natalia.

A medida que pasan los días desde el regreso de Natalia se va dando cuenta Jacinto de que su personalidad propia se anula y de que va quedando reducido á ser sólo *“el esposo de la famosa señora de Fair”*.

La figura de Natalia adquiere mayor relieve de día en día y en todo el mundo y por todos

los medios se rinde pleitesía á sus merecimientos y se exterioriza la admiración que produce su obra.

No hay día en que los periódicos no se ocupen de ella y por todos es agasajada y solicitada, juzgándose como uno de los mayores honores verla y oirla. En una palabra, que atenciones mil la reclaman por doquier y que continúa sin pertenecerse ni pertenecer á los suyos.

Jacinto ya no puede contener apenas su contrariedad y en un segundo que la casualidad le brinda de estar á solas con su mujer, la dice:

—Hace varias semanas que estás aquí de nuevo y sin embargo aun no he podido hablar contigo media hora seguida.

Como si la realidad se empeñara en hacer más patente la razón que asiste al querellado esposo, una llamada de teléfono pone fin á este breve monólogo, ya que Natalia no tuvo tiempo ni de contestarle.

Jacinto descuelga el aparato, pero no, no es á él á quien se llama. Un reporter del «New York Times» pide hora á *“la famosa señora de Fair”* para entrevistarla.

Natalia, en su deseo de complacer á todos, consulta su carnet de notas. Las visitas, las entrevistas, los homenajes á celebrar, ya la tienen esclavizada durante todas las horas de los tres días siguientes.

Sólo á costa de una gran voluntad encuentra unos minutos que conceder al periodista.

Aun no se ha desvanecido del todo el eco del timbre del teléfono cuando aparece uno de los criados con un telegrama. Es de los Caballeros de Colón invitando á *“la famosa señora de Fair”* á dar una conferencia en los salones

de su aristocrático Club, conferencia que hace el número... no se sabe cuántos de las que lleva celebradas y de las que tiene pendientes.

Luego á otra nueva llamada telefónica, esta de parte del Gobernador, invitando á la señora de Fair á un acto que se desea realce con su presencia, Natalia contesta como sigue:

—Diga al Gobernador que agradezco mucho su invitación, pero que me va á ser imposible asistir.

Y durante toda esta escena Jacinto espera pacientemente á ver si logra que su mujer le pertenezca siquiera unos segundos para poder decirle varias cosas de que desea hablarla.

Pero, ¡quí! todo es en vano. Una nueva interrupción del criado turba aquella soledad, apenas iniciada.

—Los de la casa editora de películas están ahí. Dicen que la señora prometió recibirles hoy á esta hora—anuncia el aludido.

Ante este verdadero acoso Natalia misma se siente ya abrumada y no puede por menos de dejar escapar una lamentación:

—¡Caramba!... ¡El periodista... el Gobernador... los Caballeros de Colón... y ahora los de las películas...! ¿Adónde vamos á parar?

Pero esta indignación es pasajera y se calma pronto y Natalia acude resignada y hasta diríase complacida, á que se impresionen unos cuantos metros de cinta dedicados á ella...

Alberto, que ha entrado en este momento y que se entera por su padre de lo que sucede, no puede por menos de decir:

—Yo que tú, papá, salía y los echaba á todos con cajas destempladas.

—¡No, hijo mío! Cuando quieras que una mujer haga una cosa, prohibesela... ¡Son así!

le responde el padre, abrumado materialmente por tanta desventura como para él supone la popularidad de su esposa.

—¡Pues sí que estamos lucidos, papá!—dice, por último, Alberto.

—¿Y á esto es á lo que se llama «vida privada»? Con seguridad que estaríamos más solos y desde luego más tranquilos, en medio del Parque Central.

En este punto de sus comentarios se hallan el padre y el hijo cuando regresa Natalia, cumplidos ya sus deberes de cortesía para con los cinematografistas.

Tras ella hace su aparición Silvia, portadora de una tarjeta. Es de Ernesto Dudley Gillette, organizador de conferencias, banquetes y demás actos públicos.

Este anuncio de la nueva visita es acogido por Natalia con un gesto de contrariedad, no tanto por ella misma sino por el efecto que supone ha de hacer en su marido y en su hijo.

El cansancio que por otra parte se refleja en su rostro, hace temer á Silvia una negativa, que no llega á formularse porque la joven, que se ha dado cuenta de ello, intercede:

—¡Es tan fino y tan atentol... ¡Yo le he prometido que le recibirías!

Natalia duda unos instantes y exclama al fin:

—La verdad es que debo verle... ¡Ha venido, por lo menos, media docena de veces!

Y le vé, en efecto.

El señor Gillette, que, como ha dicho Silvia, es un hombre que «atrae», según tendrá ocasión de demostrarlo más adelante, sabe ir derecho al corazón de la mujer y sabe halagar su vanidad, esa vanidad de que ninguna está desprovista.

Sus primeras palabras le acreditan como un consumado diplomático y un perfecto conocedor del bello sexo y de sus debilidades.

Al hacer Silvia la presentación de su mamá, el señor Gillette exclama, con la naturalidad de un convencido:

—¿Madre é hija?... ¡Imposible!... ¡Si parecen ustedes hermanas!

El objeto de su visita no es otro que el de proponer á «la famosa señora de Fair» que se preste á dar una série de conferencias por las cuales él, el señor Gillette, se compromete á abonarla cuarenta mil duros.

Natalia coge el contrato, lo lee y cree soñar.

—Pero... ¿en serio me ofrece usted esta suma por contar mis impresiones sobre la guerra ante los públicos de las principales poblaciones?—dice por fin—. Pues si es así, tengo que consultar con mi esposo.

Mientras esta consulta se efectúa Silvia y Gillette quedan solos y aun cuando lo que hablen puede no carecer de interés, desde luego lo tiene mayor la entrevista del matrimonio Fair.

Jacinto pasa sus ojos por el documento que Natalia le ofrece y como quien no duda de coincidir con su esposa, exclama:

—¡Claro que no aceptarás! ¡Esto es sencillamente ridículo!

—Lo que es los cuarenta mil duros no tienen nada de ridículos, Jacinto—le contesta Natalia.

—No, pero piensa que si los aceptas, tú, que has servido á la Patria leal y desinteresadamente, vas á hacer creer ahora que tratas de explotar esos servicios.

—¿Pero es que te has figurado por un momento que quiero ese dinero para mí, Jacinto?

¡Medita el bien que reportaría esa cantidad á aquellos infelices huerfanitos!

—¡A tí no te interesan ahora esos huerfanitos!... ¡Lo que tú buscas es satisfacer tu vanidad!... ¡Lo que te mueve es ver tu nombre y tu retrato en los periódicos y en todas partes!...

Y sin poder contenerse ya, dejando á los sentimientos subir hasta sus labios, que no mueven la indignación y sí la amargura mal contenida por mucho tiempo, Jacinto prosigue:

—Es preciso que acaben de una vez y para siempre todas estas tonterías, estas exhibiciones y que te dejes de conferencias y de otras ridiculeces por el estilo. Rechaza ese contrato, no vuelvas á pensar en más ausencias y estate tranquila en tu casa, que éste es tu sitio.

—Y... ¿por qué tengo que hacer todo eso?— pregunta Natalia que no acierta á explicarse la actitud de su marido.

—Pues... porque yo, tu marido, te lo mando.

Natalia, sin decir una palabra, se dirige al escritorio y con la firmeza y la seguridad de un iluminado, estampa su firma al pié del documento, confirmando, plenamente, la observación acerca de la condición femenina de que Jacinto hablara á su hijo con motivo de la impresión del «film», cuando Alberto le aconsejaba que echara á los películeros.

Natalia, ligada por un compromiso al pié del cual había puesto su firma, como dicho queda, desoyendo el consejo de su marido, parte otra vez dejando á los suyos sumidos en un nuevo dolor, más intenso, por ser más injustificado, que el que les produjo su marcha á Francia.

Y así, de una en otra ciudad, va cumpliendo *“la famosa señora de Fair”* las cláusulas de su

contrato, halagada siempre por el aplauso popular.

Y mientras ella lleva la antorcha de la verdad por los pueblos y las ciudades, su hogar, su propio hogar, se hunde poco á poco.

Jacinto, contra su costumbre, empieza á faltar á su casa á las horas de comer y lo mismo va haciendo Alberto, olvidándose uno y otro de aquella pobre niña, de Silvia, entregada, constantemente, á la más desesperante y desconsoladora soledad.

¡Cuántos días tiene que sentarse á la mesa completamente sola la abandonada joven, sin que basten los solícitos cuidados y las piadosas palabras de sus servidores á hacerla olvidar aquella pena que la embarga!

A tal extremo llegaron las cosas en la antes feliz mansión de los Fair, que, haciéndoseles á todos imposible la vida en ella, Jacinto decide cerrarla, y marchar con sus dos hijos á Nueva-York á instalarse en un Hotel.

Pero en el Hotel, como antes en su casa de Long Island, Silvia continúa sola, mucho más sola ya que la falta hasta la compañía de los criados.

Alberto y su padre continúan su desordenada vida, más desordenada cada día que pasa, el primero alternando sus flirteos con una de las telefonistas del Hotel con la compañía de unos amigotes, cuya principal distracción es el juego. Rara vez, muy rara vez, tiene una palabra cariñosa para Silvia.

La telefonista en quien Alberto ha puesto sus ojos, se llama Paquita Gibbs y aun cuando ella se ha dado cuenta de la predilección de que la hace objeto el joven, se mantiene dentro de los límites de prudencia que corresponden á una



—Es preciso que acaben de una vez y para siempre todas estas tonterías...

muchacha honesta y laboriosa, como lo es ella.

Sin embargo, Paquita espía la vida de Alberto, que no la es indiferente ni mucho menos y es la primera en dolerse de que, pareciendo un buen muchacho, alterne con gentes entregadas al vicio.

Así las cosas, cuando la vida se desliza monótona é insufrible para Silvia, por una peligrosa pendiente para Alberto y completamente insubstancial para Jacinto, hace su aparición un personaje al que ya hemos tenido ocasión de conocer: el señor Gillette. En una de las muchas ocasiones en que Silvia se halla sola, llaman por teléfono y la joven recibe la sorpresa de ser, quien llama, el organizador de la tournée que realiza su madre.

—¡Hola, señor Gillette! ¿Cuándo ha llegado usted á Nueva-York? ¿Cómo está mamá?—le pregunta Silvia apenas le reconoce.

—He llegado esta misma noche—responde el interpelado, y añade:

—Estoy en la sala de visitas del Hotel. La traigo á usted una porción de recados de su mamá... Aun no he comido, por eso no subo á verla... ¿Tendría usted la amabilidad de acompañarme al Palacio Imperial y así podré, entre plato y plato, irle dando noticias de su mamá?

Y la inocente paloma cae en la red aceptando la invitación que tiene por principal y casi único objeto darla á conocer un mundo nuevo, tentador siempre y más para quien, como Silvia, siente la nostalgia de aquella soledad eterna.

Casi coincidiendo con estos hechos surge otro que contribuye á complicar y á perturbar la vida de los Fair. Hallándose Jacinto aquella noche en el Club, donde trata, en vano, de

desechar su tedio, le llaman por teléfono: es la señora Brices, la vecina de Long Island.

—¿Cómo?.. ¿Cuándo se ha trasladado usted á Nueva York?—la pregunta sorprendido Jacinto.

—Me encontraba muy aburrida en el campo—responde la viuda.—He alquilado aquí un pisito monísimo y muy coquetón. Le llamo á usted—prosigue—porque no doy pie con bola en la administración de mis rentas. Me está haciendo falta el consejo de un hombre competente... ¿Podría y querría usted..?

Ante tan insinuante y sugestiva invitación, Jacinto, que cree ver en ella un maravilloso recurso para distraer sus horas interminables, responde galante:

—Usted dispone de mí, Angélica... Mañana á la hora que usted quiera...

—¡Es que...! ¡Si pudiera usted venir esta misma noche...!—se apresura á interrumpir la viuda.

Pero dejemos por un momento á esta pareja y veamos qué hacen en el Palacio Imperial Silvia y Gillette.

La joven mira con ojos asombrados cuanto la rodea, que ejerce en ella una tentación atrayente.

El taimado del señor Gillette trata de hacerla tomar parte activa en aquella fiesta harto libre, pero tropieza con una dificultad.

—Yo no he aprendido á bailar así—le contesta Silvia al invitarla él á dar unas vueltas de fox infernal.

En realidad el pensamiento de la joven está «aun» al lado de su madre, que aquella alegría que la rodea no logra hacer olvidar.

—¡Siga, siga usted hablándome de mamá, señor Gillette!—le dice.

—Su mamá está perfectamente de salud y divirtiéndose mucho —la responde Gillette con la más «piadosa» de las intenciones.

Y la infeliz «famosa señora de Fair» añora, allá en la lejanía, el recuerdo de los suyos, dedicando á escribirles todo el tiempo de que dispone y creyendo ver en todas las jóvenes de la edad de su hija una evocación de su Silvia de su corazón.

Las salidas nocturnas de Silvia se repitieron con harta frecuencia y no era extraño verla regresar al Hotel pasada la media noche pues ella sabía demasiado que de todos modos había de llegar antes que su hermano y que su propio padre.

Y así pasaron dos meses, la señora Fair cumpliendo aquel deber, que juzgaba sagrado, tal vez arrastrada por una monomanía de grandeza, como la dijera su esposo, y éste, Alberto y hasta la propia Silvia, olvidados hasta de las más elementales obligaciones, campan-do cada uno por sus respetos, sin pedirse cuentas nadie á nadie, en medio de la más desordenada anarquía familiar.

A medida que transcurría el tiempo, Silvia iba evolucionando pareciéndole cosa corriente lo que antes le asustara, hasta llegar á sufrir una transformación radical en su carácter.

Alberto, en relaciones ya con la telefonista, que se interesa vivamente por él, no puede, no obstante, apartarse de aquellos amigos de los que trata de alejarle la muchacha. Esto da lugar á frecuentes disgustos entre ellos, hasta que al fin Alberto promete la enmienda á cambio de una prueba de amor decisiva, que la joven otorga en su deseo de regenerar al hombre que ama.

Al cabo de un mes más Silvia alterna libre-

mente con todos los amigos v amigas de Gillette, quien hábil y astuto, no quiere aún descubrir sus verdaderas intenciones.

Así vemos á la señorita Fair cuidar solícitamente su hermosura en manos de uno de esos embaucadores que afirman poseer el secreto de la eterna juventud y de la eterna belleza. Silvia no se recata para prestar su cara tersa, con toda lozanía de la juventud, á las endiab-ladas manipulaciones de refinado masagista...

Cuando menos podía esperarlo se le presenta á Natalia ocasión de pasar unos días con su esposo é hijos.

Por medio de un telegrama anuncia su llegada y encarga, aunque lo cree innecesario, que bajen á esperarla.

¡Cuál no será su sorpresa al llegar á Nueva York, donde, como es natural, sabía que estaba su familia y ver que nadie la aguarda!

Presintiendo algo muy desagradable, se encamina al Hotel y halla las habitaciones desiertas, y no sólo están desiertas sino que sobre una mesa está su telegrama sin abrir, lo que la indica que en todo el día no ha aparecido nadie por el Hotel.

Tan insólitos acontecimientos la desconciertan y llevan la intranquilidad y la angustia á su ánimo. «¿Qué habrá podido pasar—se pregunta—, para que ni Silvia esté en el Hotel? ¿Dónde podrá estar y dónde podrán estar y haber estado, los demás?»

El timbre del teléfono pone fin á este coloquio íntimo.

La persona que habla pregunta por el señor Fair.

—No, no está—responde Natalia.—¿Quiere

usted que se le dé algún recado? Soy su esposa—añade.

—Dígale sólo que le llamó la señora Brices... El sabe ya para lo que es.

Instantes después de esta significativa entrevista telefónica llega Jacinto, y Natalia, apenas cruzadas las primeras palabras, se apresura á decirle que le han llamado por teléfono y quien le ha llamado.

—¿Qué te ha dicho?— la pregunta Jacinto con mal disimulada ansiedad.

—Nada; que ya sabías tú para lo que te llama— responde Natalia con viveza.

—¡Sí, en efecto, me tiene encargada la gestión de varios asuntos!

Y acto seguido, tratando de desviar la conversación, añade:

—¡Pero mujer, por qué no has avisado tu venida!

—¡Cómo que no he avisado! Por lo visto en todo el día nadie ha estado aquí cuando me he encontrado mi telegrama encima de esta mesa sin abrir. ¡Cómo os íbais á enterar!

—¿Dónde está Silvia?— pregunta por fin Natalia.

—¿Dónde quieres que esté, mujer? No pondrás que iba á pasarse un día y otro día sola, en casa... Lo más probable es que ahora esté... esté dando la lección de francés...

Pero Silvia se encuentra en aquellos momentos en casa del "coiffeur" atendiendo á la conservación de su juventud, que por lo visto juzga en peligro aunque sólo sea, como en efecto es, por el género de vida que lleva de algún tiempo á aquella parte.

En este momento acecha al matrimonio Fair una nueva y poco agradable sorpresa. Su hijo

Alberto llega acompañado de la telefonista, que presenta á su padre como su esposa...

La joven, ante el temor de que los padres de su marido la juzguen mal por aquella ligereza, trata de justificarla y de justificarse.

Jacinto, con la experiencia de la vida, no que tenía en realidad, sino que acaba de adquirir, no sólo disculpa las relaciones de los jóvenes, y sus consecuencias, sino que hasta tiene humor aún para hacer un chiste.

—Es el primer caso, señorita—dice—, en que una empleada de teléfonos establece tan "rápidamente una comunicación" como usted lo ha hecho con mi hijo Alberto.

La entrevista entre la madre y el hijo es fría. Natalia sigue pensando en la señora Brices, mal que le pese, y para colmo de su mal humor la presencia de aquella nuera tan insospechada no la hace mucha gracia.

Sintiéndose falta de autoridad moral para juzgar aquel enlace, se la ocurre protestar de que no se la haya avisado.

—Pues, porque no estabas aquí—arguye Jacinto.

—Si hubiéramos sabido que estaba usted próxima á venir—dice tímidamente Matilde—, la hubiéramos aguardado...

Y acto seguido, comprendiendo que su presencia ó no es muy grata ó no ha sido muy oportuna, añade:

—Con permiso de ustedes nos retiramos. Volveremos más tarde.

En esto llaman por teléfono desde la conserjería del Hotel para decir, de parte de la señorita Silvia, que volverá tarde.

¡Aquello ya es demasiado!

—¿Qué quiere decir esto, Jacinto?... ¡Primero Alberto... ahora Silvia!... ¿Dónde está?... ¿Qué

has hecho de mis hijos?... —dice Natalia, presa de la mayor desesperación.

—Lo que yo he hecho es lo de menos, Natalia... Lo grave es lo que tú has dejado de hacer por ellos —la responde su marido.

Y aprovechando el silencio que sigue á esta breve imputación mutua, sale de la habitación y del Hotel.

¿Dónde va Jacinto?

Ya lo sabremos después; ahora quedémonos con la señora de Fair.

Natalia, apenas se vé sola, se encamina á la habitación de su hija y allí busca inútilmente un indicio que la descubra la causa de aquella ausencia.

Cuando se halla en esta tarea, entra sigilosamente Silvia en quien la presencia de su madre causa una sorpresa que no puede disimular.

Natalia va á ella y la estrecha entre sus brazos, pero no logra hacerla salir de su actitud indiferente.

—¡Hija mía!... ¡Dime que te alegras de volver á ver á tu madre!—la dice al fin.

Pero Silvia, haciendo un gran esfuerzo, la responde sólo:

—¡Pues... vaya si me alegro!...

Entonces es cuando Natalia se da perfecta cuenta del daño enorme causado por su ausencia.

En vano trata de recobrar, á costa de halagos y de mimos, el terreno perdido en el corazón de aquel ser tan querido.

Todo cuanto vé en Silvia la extraña y la hierre, desde el vestido harto escaso hasta el peinado, demasiado llamativo.

—¡Déjame el peinado, mamá!... Todas mis amigas lo llevan así—dice Silvia á su madre,

que trata de ordenar aquellos rizos tan enmarañados.

—¡Ven y siéntate á mi lado, hija mía!... Vamos á charlar un rato como hacíamos antes—la suplica Natalia conduciéndola amorosamente hacia el sofá.

—¡Cuánto has cambiado, Silvia!—añade Natalia no pudiendo contener su dolor—. ¡Si supieras, hija mía, cuánto me he acordado de tí!... ¿Y tú—le pregunta—, has echado de menos un poquito á tu mamá?...

—¡Sí!—responde Silvia—. Me quedé muy triste y sola cuando te fuiste... Alberto no paraba en casa y papá tampoco; de un tiempo á esta parte salía muy á menudo. ¡No sé lo que hubiera sido de mí sin Ernestol... ¡El ha sido mi salvación!...

—¿Sin Ernesto has dicho?—interrumpe Natalia.

—¡Sí, Ernestol... ¡El señor Gillette, mamá!... Una noche me dijo: «Silvia, vamos á descubrir Nueva York; vamos á ver lo que tiene dentro esta gran ciudad, envidia del mundo...» pero me estoy entreteniendo demasiado, mamá, y estoy citada con Ernesto y sus amigos á las doce para ir á una fiesta...

—¡Basta, hija mía, basta! ¿No crees tú, hijita mía, que ni el señor Gillette ni sus amigos son las relaciones más adecuadas para una joven como tú?...

—¡No tienes derecho á juzgar á mis amigos, mamá!... ¡Pues mucho que te ha importado que pudiera yo tener esas ú otras amistades ó que me quedara en casal...

—¡Calla, calla, Silvia! ¡No vuelvas á decirme eso nuncal...—suplica Natalia, vencida por el dolor y el remordimiento.

Una llamada por teléfono interrumpe el diá-

logo. Por la respuesta de Silvia deduce su madre quien es el que llama:

—Ahora mismo bajo, Ernesto.

—¿Es el señor Gillette, Silvia?... Dile que tenga la bondad de subir.

Y á los pocos segundos se hallan frente á frente Natalia, Silvia y el señor Gillette.

—Silvia, ¿harás el favor de dejarme sola unos momentos con este caballero?... Tengo que hablarle.

El señor Gillette parece no sospechar el asunto sobre qué va á versar la conversación, y apenas sale Silvia se apresura á poner sobre el tapete el tema del viaje triunfal de la señora Fair preguntándola cuándo piensa reanudar sus conferencias.

Y la respuesta no puede ser más enérgica:

—Por nadie ni por nada en el mundo volveré á separarme de mi esposo y de mis hijos. Desde este momento puede usted considerar rescindido mi contrato. Y esto era sólo lo que deseaba decirle...

Pero cuando Gillette, sin atreverse á responder nada, se dispone á salir de la habitación, le detiene Natalia para añadir:

—Se me olvidaba aconsejar á usted que creo lo más conveniente que no vuelva á ver á mi hija.

Y una vez cumplido este deber de madre, Natalia se encamina á su habitación á la que á poco llega también Jacinto.

—Oye, Natalia, te ruego que me perdones mi dureza contigo de esta tarde.

—Eres un hombre adorable, Jacinto. ¿Estás seguro de que sigues queriéndome?... ¿Estás seguro de que me prefieres á la señora Brices?..

—No volvamos á acordarnos del Santo de

su nombre. Acabo de liquidar con ella todas mis obligaciones...

—¿Obligaciones has dicho, Jacinto? ¿Qué obligaciones?... ¿Es que ella tenía derechos adquiridos sobre tí? ¡Dime toda la verdad!

—¡Vamos, Natalia, cálmate y juzgame con amplitud de miras!... ¡Considera que estaba solol... ¡He sido un irreflexivo, lo confieso; pero te juro que nunca la quisel... ¡No he dejado de amarte á tí ni un solo instante!

Esta leal declaración da lugar á unos segundos de silencio durante los cuales Natalia medita y al fin exclama, como adoptando una resolución:

—Volveré á Europa y me domiciliaré allí... No mencionaremos para nada á la señora Brices.

—Pero ¿es que piensas divorciarte de mí?— pregunta Jacinto, asombrado.

Natalia, como si no le oyera, sigue su discurso:

—Mi abogado te informará de la cuantía de mis rentas. Puedes disponer de la parte que te plazca.

—Por mí no dispondría ni de un céntimo—arguye Fair—, pero tengo que pensar en Silvia, ya que te empeñas.

—Pero, ¿es que crees que voy á consentir que Silvia se quede á tu lado? ¡Nuncal...—exclama Natalia.

—¿Cómo que no?... ¡Silvia es la luz de mis ojos y jamás me separaré de ella! —exclama á su vez Jacinto.

—¡Pues bien; ya que te empeñas, la pondré al corriente de tu conducta!

—¡Pues ya que me amenazas, que diga ella con quién desea permanecer!...

Pero en vano buscan á la hija de su corazón. Silvia no está en su cuarto.

Alberto que entra en este instante acompañado de su mujer entrega á su padre una carta que para él han dejado al Conserje del Hotel. La carta es de Silvia y en ella dice que como en su casa nadie la quiere, se marcha lejos con el señor Gillette.



La carta es de Silvia y en ella dice que como en su casa nadie la quiere...

Gillette, en el Hotel en que se hospeda, prepara precipitadamente las maletas, tan precipitadamente que llama la atención del camarero:

—¿Qué, señor Gillette; se ha presentado algún buen negocio, verdad?

—¡Ya lo creo, y tan bueno!— responde Gillette.— ¡Como que el padre tiene diez millones de pesetas!...

Apenas ha salido del Hotel el raptor, llegan en su busca Jacinto y su hijo.

Por el camarero se enteran de que la persona á quien buscan se dispone á salir en el tren de medianoche para Montreal, y que lleva la litera letra B. del coche número cuarenta y dos.

Con la posible rapidez salen Alberto y su padre para la estación á la que llegan en el momento en que arranca el tren conduciendo á Silvia y á Ernesto.

Mientras Jacinto telegrafía para que detengan á los fugitivos, Alberto se lanza con un automóvil en persecución del convoy.

El telegrama de Jacinto lo recibe en marcha el conductor del tren, quien se dispone á efectuar la detención; pero Gillette, con una serenidad pasmosa, le hace creer que el telegrama no es más que una broma de uno de los invitados á su boda, que ha tenido lugar aquella tarde, para vengarse de su marcha tan precipitada, dejando plantados á todos los amigos. El conductor le cree, ríe la gracia, y no interrumpe su luna de miel, apenas iniciada.

Y así llegan á Montreal y, tras ellos, Alberto. Y así se encaminan los supuestos esposos á un Hotel, que el hermano logra descubrir.

A todo esto, Silvia parece arrepentida de su fuga sin que basten las palabras de Gillette para hacerla desistir de su deseo de volver al lado de sus padres.

Una vez á solas en su habitación, este deseo de Silvia da lugar á una violenta escena, que corta Alberto oportunamente.

Entre los dos hombres se entabla una lucha terrible, lucha que termina con la victoria del hermano.

En tanto, Natalia y Jacinto, dando al olvido sus diferencias, ven transcurrir angustiosamen-



Silvia parece arrepentida de su fuga...

te las horas. En esta espera terrible les acompaña Matilde, su nuera, testigo mudo de tanto dolor.

Y cuando la luz del nuevo día ilumina el firmamento, luce también de nuevo, para la familia Fair, la luz de la felicidad.

Alberto y Silvia llegan al Hotel. El instante no es para recriminaciones.



Alberto y Silvia llegan al Hotel.

Según Alberto, su hermana había huido en la creencia, como decía en su carta, de que nadie más que Gillette la quería en el mundo.

Además, Gillette la había enterado, pérfidamente, de que sus padres se iban a divorciar...

Los momentos son de olvido y de perdón, y un abrazo junta de nuevo y para siempre los corazones de aquella familia en la que una

causa bien fútil estuvo á punto de producir una tragedia irreparable.

FIN.

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

SÍRVASE LEER CON ATENCIÓN

Animados por la aceptación que en innumerables hogares va obteniendo LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA, y atendiendo á peticiones numerosísimas, nos proponemos poner en venta, de vez en cuando, además de los números que venimos publicando hasta ahora, una altamente interesante novela cinematográfica, lujosamente editada, no apartándonos de nuestra presentación y tamaño, con profusión de fotografías, 128 páginas, y al POPULARISIMO PRECIO DE UNA PESETA.

ADVERTENCIA: Al objeto de no obligar á nuestros coleccionistas á comprar, para no desbaratar la colección, esta edición especial, si el precio no les pareciera interesante, estas novelas de LOS GRANDES FILMS no llevarán ningún número, ni postal; de modo que la adquisición de dichos libros quedará al buen juicio de cada cual.

Recomendamos con insistencia se analice con detenimiento la primera novela que aparecerá el día 19 del corriente mes de Enero y en la que se halla literariamente desarrollado el tema de la sentimental película, que causará enorme impresión en el alma de todas cuantas madres puedan admirarla.

LOS HIJOS DE NADIE

Asunto italiano. Creación personal de la eminente LEDA GYS

!!!Madres abnegadas, por vuestros hijos; hijos amantes, por vuestras madres, os aconsejamos que leáis las bellezas contenidas en la primera de nuestras novelas especiales!!!

Próximo número: La apuesta sensacional

finísima producción del simpático FRANK MAYO

Excelente asunto de amor en que se ponen de manifiesto las desastrosas consecuencias del juego

Postal-fotografía: **CATALINA WILLIAMS**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

SALE TODOS LOS MIÉRCOLES

PRECIO 25 CTS.

Gilberto Bullen Grandis
 Leona Fair. Myrtle Hedman
 Silvia — Margarita de la noche
 Angelica Bricef Gabriel Myers
 Skepniesta Helen Ferguson
 Jacinto Fair Humbly Gordon